

La Educación en Pensadores Españoles Contemporáneos

Education in contemporary Spanish intellectuals

Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS¹

Recibido: 30/01/2011
Aprobado: 03/03/2011

Resumen:

Destacamos el pensamiento educativo de tres maestros de la filosofía española contemporánea: Miguel de Unamuno (1864-1936), José Ortega y Gasset (1883-1955) y María Zambrano (1904-1991). En estos autores observamos, principalmente, el aprecio que sienten por el sentido formativo de la filosofía y su preocupación por un saber de experiencia. Al mismo tiempo, sugerimos los temas más singulares en la atención educativa de cada autor.

Palabras clave: Filosofía de la educación, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, María Zambrano.

Abstract:

We underscore the thoughts on education expressed by three masters of contemporary Spanish philosophers: Miguel de Unamuno (1864-1936), José Ortega y Gasset (1883-1955) and María Zambrano (1904-1991). In these three authors, we observe their appreciation of the educational sense of philosophy and their concern for experience-based knowledge. At the same time, we suggest the most singular topics each author brings to the field of education.

Keywords: Philosophy of education, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, María Zambrano.

¹ Universidad Autónoma de Madrid, España. Departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español.

1. Introducción

En el origen de la historia del pensamiento como reflexión acerca de la realidad están todas las ciencias que, separadas en la actualidad, tuvieron un origen común en la filosofía. Los primeros pensadores fueron también físicos, astrólogos, matemáticos y, especialmente, pedagogos. La filosofía surge como un ejercicio racional y crítico para alcanzar un saber acerca de la realidad, tanto teórico como práctico. La educación es un saber práctico que no puede desengancharse de una reflexión teórica acerca del ser y vivir humanos, y en este sentido no puede alejarse de la filosofía.

La filosofía como amor a la sabiduría comporta un especial cuidado para servir de guía y orientación en la vida. Así Jaeger en la *Paideia* reconoce que a Platón en su magna obra *La República* le interesa tanto la organización política o jurídica de la ciudad, como la especial formación del individuo, pues saber de educación significa aprender a ser “guardián de su propia persona”. Platón consideró la esencia de la filosofía en relación con la educación. Epicuro en su *Carta a Meneceo* afirma que si la filosofía no sirve para curar las heridas del alma, de nada sirve, lo cual significa también reconocer el carácter formativo de la filosofía.

Aristóteles dice en su obra *Metafísica*, Libro I que “el carácter principal de la ciencia consiste en poder ser transmitida por la enseñanza” y en el Libro V, cap. 1 refiere que “todo acto educativo enriquece el conocimiento y se orienta en la búsqueda de la perfección”.

Lo cierto es que la *Paideia*, el sentido formativo de la filosofía, aparecía enormemente claro entre los primeros filósofos, preocupados por un saber de la experiencia. Así el saber acerca de la educación se considera una cuestión humana que atañe al contenido ético y político, y estos temas son, al mismo tiempo, estrictamente filosóficos. La idea de la filosofía como reflexión sobre el hombre venía matizada con una clara orientación que, denominaremos, pedagógica o educativa en cuanto que busca conseguir un hombre nuevo (Fichte, Kant, Rousseau...). Pero, el positivismo y los prejuicios cientifistas arrumbaron ciertos saberes como filosofías genitivas y, entre ellas, la pedagogía dejó de ser de interés para algunos filósofos.

Sin embargo, el siglo XX supuso pronto un momento de crisis en la historia del hombre y, por ello, de las ciencias humanas. La filosofía española se hizo cargo de esta situación y analizó de modo radical esta crisis, no sin esperanza. Esta le llegaba desde el interés por acercar la filosofía a la vida desde un planteamiento claramente educativo.

Estudiaremos esta perspectiva desde tres autores del momento: Miguel de Unamuno (1864-1936), educador vivencial y pedagogo de los temas más nucleares, desde la reflexión sobre la niñez a la importancia del maestro como modelo educativo; Ortega y Gasset (1883-1955) cuya misión es revitalizar y crear comunidad en España; María Zambrano (1904-1991) que propone la interacción entre el maestro y el alumno como clave del progreso educativo y humano.

Se ha dicho, a menudo, del pensamiento español que es realista, en el sentido de su atención a los problemas y preocupaciones de la vida humana, es humanista porque está centrado en el hombre y alejado de cuestiones abstractas, y con un hondo sentido ético. Nosotros añadiríamos, también educativo.

En efecto, ya Séneca decía que “Se enseña no para las aulas sino para la vida” y este sentido cercano a las cuestiones humanas ha impregnado el modo de ser y comportarse de los pensadores españoles. Así, el planteamiento pedagógico de Vives descansa también en un sentido ético y en un afán de liberar al hombre de sus propias cadenas, exaltando su propia dignidad. Todo ello bajo la guía práctica “el saber debe servir para la vida”.

El mismo Unamuno repite el adagio “Utilitario fue sin duda el origen de la ciencia; la necesidad del saber para vivir y no una vana curiosidad movió al hombre a escudriñar los secretos de la vida de la naturaleza y del espíritu” (*Apertura del curso académico de 1900 a 1901. Obras Completas*). Y Ortega: “La universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva de saber; otra, lo que él necesita saber para vivir” (Misión de la Universidad).

Por otra parte, el gran momento educativo que supuso la Institución Libre de Enseñanza fue, de nuevo, un intento importante de separarse de todo cuanto pudiera ser mera erudición o tecnicismo para centrarse en una educación formativa, activa, impulsada por el método intuitivo “el arte de saber ver” como sinónimo de un saber integrador, armónico del cuerpo y del espíritu, razón y sentimiento, voluntad y estética. A este respecto convendría leer con detenimiento la obra del profesor Juan Marichal, que abarca y amplía este período e incide en el programa político, por ende, educativo, de estos pensadores².

Esta filosofía educativa, basada en una reflexión renovadora del hombre desde la ética a la fe en la libertad y en la ciencia, explica la originalidad y riqueza de sus recursos pedagógicos más concretos. Por ejemplo, la mayor atención al libro del universo y de la sociedad que al del texto. De aquí la afición a las excursiones científicas, los viajes y visitas culturales, trabajos prácticos y la discusión seria y no formalista entre profesores y alumnos. También el fomento de las relaciones sociales entre los miembros de la comunidad escolar, tutorías, colonias vacacionales, etc. Así dice Giner de los Ríos: “Sólo de esta suerte, dirigiendo el desenvolvimiento del alumno en todas las relaciones, puede con sinceridad aspirarse a una acción verdaderamente educadora en aquellas esferas donde más apremia la necesidad de redimir nuestro espíritu: desde la génesis del carácter moral, tan flaco y enervado en una nación indiferente a su ruina”³.

La gran personalidad de Giner de los Ríos, de Cossío... influyó decisivamente en el mal endémico de la educación, que era profundo en España. La creación del Ministerio de Instrucción Pública, del que comienza a depender el pago de los maestros, supuso un avance y un progreso social y moral en la educación. En 1882 se había creado el Museo Pedagógico Nacional que con Albareda y, luego, con Cossío alientan la reforma de las escuelas normales. Igualmente, desde la creación en 1907 de la Junta de Ampliación de estudio se visitan centros extranjeros, además de la Junta para el Fomento de la Educación Nacional y Escuela Superior de Magisterio. Todo ello supuso un avance en la educación en España.

En el siglo XX serán herederos de aquel espíritu los pensadores Unamuno, Ortega y Zambrano. Poseen ciertos caracteres que sienten en común: a) Su preocupación por España que les adviene a través de una vivencia: la deficiencia de la cultura ambiente, la deficiencia de nuestra educación y, por ello, de nuestra convivencia; b) La necesidad de emprender una labor urgente. Se sienten llamados y se proponen a sí mismos para realizar la tarea de elevar a España. c) Creen que son los jóvenes los verdaderos mediadores de este cambio.

2. Miguel de Unamuno: educador

Miguel de Unamuno ha sido valorado, en muchas ocasiones, sobre todo como educador. Son muchos los estudiosos españoles y extranjeros que así le han considerado. Nos vamos a fijar en una autora, también filósofa, María Zambrano que además podría ser estimada

² Marichal, J., *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1996.

³ Giner de los Ríos, F., *Ensayos*, Madrid, Alianza, 1973, p. 116.

como discípula⁴. En uno de sus muchos artículos que le dirige dice lo siguiente: “Así cuando apareció Unamuno tuvo caracteres de irrupción que no dejó de ser recibida con ese asombro que se defiende en indiferencia, especie de reto que el español lanza al que le dice algo demasiado hondo, al que le descubre algo que de veras le importa. Unamuno habla, como en España no se había hablado, habla de cosas que no se hablaban hace tiempo⁵. Pero, además, María Zambrano, le compara con Ortega y reconoce en Unamuno a un maestro. Considera a Ortega “un filósofo que prendía en un círculo de discípulos reducidos”, mientras que “la figura de don Miguel se elevaba y se adentraba en el ánimo de los españoles, como la de un mediador. Porque su palabra, que sonaba desde más de medio siglo, lenta, imperceptiblemente, se había ido haciendo palabra de alimento”.

En efecto, su obra y su vida entera han estado dedicadas a elevar el nivel cultural y moral de España. Por ello, son también continuas sus reflexiones acerca de la educación e, igualmente, se detiene en la obra de educadores españoles como la escuela Nueva de Ferrer, el Padre Manjón, etc ...Como existen tantas referencias destacaremos los temas más repetidos que creemos son también los fundamentales en su tratamiento acerca de la educación y que, al mismo tiempo, nuclea muchos criterios que constituyen las líneas pedagógicas fundamentales. Estas referencias se encuentran en muchos de los discursos pronunciados y artículos escritos por Unamuno y, también, en una novela que dedicó enteramente al tema de la educación, *Amor y Pedagogía*.

2.1. El maestro como modelo

Como los Institucionistas, Unamuno concedía una gran importancia al maestro como ejemplo en todo acto educativo. Considera que el entusiasmo del maestro que pone todo su interés en transmitir la verdad es la mejor herencia que se puede proporcionar al alumno tanto en el aprendizaje como en su formación humana. “Cuando el que aprende siente que quien le enseña lo hace por algo más que por pasar el tiempo, por cobrar su emolumento, o por lo que llamamos cumplir el deber, y no suele pasar de hacer que se hace, entonces es cuando aquél se aficiona a lo que se le enseña” (*Arabesco Pedagógico*, 1913).

De la importancia que concede al maestro nos habla la creación de dos cuentos que tienen como figura principal, la del maestro *El diamante de Villarola* (1898) y *El maestro de Carrasqueda* (1903). En el primero critica la pedagogía de aquél maestro que toma a los niños como medio de investigación pedagógica, es decir, como conejillos de india, para su propia experimentación y no como lo es toda persona, un fin en sí mismo. En el segundo es una lectura positiva del maestro que enseña al niño a conservar lo mejor de su niñez. Este tema será una preocupación siempre repetida en Unamuno y alentada en su reflexión acerca de los maestros.

Considera al maestro, fundamentalmente, como un hombre sabio y dador de amor. Respecto a la sabiduría, critica la falta de reflexión y rechaza una pedagogía que se convierta sólo en táctica o estrategia. “Lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, mucho más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede ser el padre, un especialista. Hacer de la pedagogía una especialidad es perderse en la técnica pura, en la técnica huera y vana. Y el tecnicismo ha sido como el positivismo, la plaga intelectual de la segunda mitad del pasado siglo XIX. Y la técnica podrá producir Estados fuertes, pero no crea pueblos libres y conscientes de su libertad” (*Otro Arabesco Pedagógico*, 1913).

⁴ Sánchez-Gey Venegas, J., *La mirada zambranianiana sobre Unamuno. Cuaderno Gris*, 6, Universidad Autónoma de Madrid, 2002, pp. 197-203.

⁵ Zambrano, M., Unamuno y su tiempo, *Universidad de La Habana.*, 15(46-48), 1943, pp. 52-82.

Unamuno distingue bien entre desarrollo técnico y progreso moral. Apuesta claramente por lo segundo; de este modo, reconoce que la filosofía proporciona una formación integral de la persona, una formación que surge de dentro y busca su interiorización y perfección, no persigue tan sólo un producto externo sino que hace referencia a la formación desde dentro. La filosofía no pretende ni una parte, ni nada externo a la condición humana.

En cuanto al amor busca la relación personal como el lazo más importante de toda educación, la ejemplaridad, pues todo alumno requiere ver lo que debe hacer y no sólo que se le diga. Esto es lo esencial, lo demás son artificios: “Por maestro me tengo y en mi enseñanza he prometido poner siempre todo el ahínco y todo el amor de tal”.

2.2. El amor como fuente de toda educación

Veremos el rechazo de toda pedagogía que no se base en el amor y atienda sólo al tecnicismo pedagógico. Así en *Amor y Pedagogía* (1902) ironiza acerca del cientifismo educativo que impide el verdadero crecimiento y madurez humanas, porque sólo el amor libera y permite alcanzar la autonomía personal. Aunque conocemos la novela, nos detendremos en la referencia que hace de ella el mismo Unamuno en carta a Jiménez Ilundain, dice que se trata de un hombre que se casa deductivamente para poder tener un hijo y educarlo según los principios teóricos de la pedagogía para que llegue a ser un gran genio. El tecnicismo y el positivismo ahogan la vivencia en el hijo que acaba en el suicidio.

Amor y Pedagogía es, pues, una crítica al positivismo desde los temas educativos, porque se aleja del sentido vital verdadero, que lleva al conocimiento y al gozo o satisfacción personal. Frente al artificio de un pedagogismo técnico defiende la verdadera relación personal. Critica cualquier otro tipo de relación como la emulación que despierta y aviva la envidia “son muy propensos los jesuitas con todo aquello de dividir la clase en cartagineses y romanos y nombrar emperadores de uno y otro bando”. El rechazo a la emulación lo manifiesta también en otras ocasiones. Considera vejatorio la relación competitiva que es ajena a la verdadera convivencia, único valor que se ha de fomentar en la escuela. “La emulación, aguijada por vanidad no pocas veces, esa deplorable emulación que nuestro infausto sistema de notas y recompensas fomenta, rara vez puede dar óptimos frutos. Es un sistema condenado hoy por los más juiciosos pedagogos. No habéis de proponeros sobrepujar a los demás, sino sobrepujaros a vosotros mismos, ser hoy más que eraís ayer”.

Critica también una educación que no tenga en cuenta al niño; como se diría actualmente, que entienda la escuela sólo como aparcamiento escolar: “Esta educación contribuye luego no poco al descrédito de la escuela y a que ésta sea considerada como una especie de asilo al que se envía al niño para que no dé la guerra en casa, cuando debía ser, ante todo y sobre todo, una escuela de libertad y dignidad humanas” (*Conferencia en la Sociedad de Ciencias de Málaga en 1906*). El amor forma a las persona auténticamente. Y, por supuesto, en este mismo sentido valora la condición de maestro que ha de vivir de y para el amor. “Y para nada hace falta más amor que para llenar vuestra misión, maestros de la niñez. Ved que se os entrega y confía lo más precioso del linaje”.

Con estas palabras finaliza la *Conferencia en la Sociedad de Ciencias, de Málaga, el 23 de agosto de 1906* en la que expone su preocupación por los temas educativos. Será la pedagogía del amor la que constituye el resumen y lo más valioso de todo su planteamiento: El amor es la única pedagogía fecunda. Amad a los niños y sabréis enseñarlos.

2.3. El rechazo de la metodología

Unamuno expresa rechazos y, en ocasiones, críticas injustas a la metodología ya que no puede negarse que es importante conocer métodos, dificultades en el aprendizaje,

formas de evaluación... ; no obstante, hoy más que nunca hemos de asentir a la condena de una pedagogía formalista, sin contenido, o al excesivo afán técnico o metodológico, que no tiene en cuenta el valor de lo humano o, incluso, que considera a los niños como medio para experimentar en la pedagogía y, por supuesto, alejado de lo vital. “Libreme Dios de predicaros que cerréis los libros, pero sí os repetiré que aprendáis a ver al través de ellos la vida, y no al través de ésta los libros, como hoy tanto ocurre. Poco se lee aquí, por desgracia, pero es donde se lee menos donde más daño puede hacer aquello poco que se lee” (Apertura del curso en la Universidad de Salamanca de 1900 a 1901).

La *Conferencia en la Sociedad de Ciencias, de Málaga, el 23 de agosto de 1906*, la dedica íntegramente a expresar los fundamentos pedagógicos de la educación. En ella rechaza los pedagogismos que según considera no son más que retruécanos sin sentido, “Y he oído a este respecto razonamientos tan especiosos y tan rebuscados como aquel que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla”.

A menudo, Unamuno recuerda que disciplina viene de discípulo, de atención al discípulo, por tanto, requiere cuidado personal, lo cual es lo más alejado del vano pedagogismo. De esta manera critica la jerga, tan usual en nuestros días, de palabras rimbombantes que nada dicen, así como de enseñanzas parciales, extrapolares... que no conducen a una verdadera formación: “Si logran enseñar a leer, escribir y contar bien no habrían hecho poco. Enseñar a leer bien, enterándose uno de lo que lee, es acaso la suprema labor del maestro”⁶.

Es muy conocido el texto unamuniano en el que critica el exceso de didacticismo sin verdadera reflexión, pues, como Giner de los Ríos, defendía que el maestro desde la educación infantil a la universidad debe ser sabio. La educación es, sobre todo, sabiduría y luego afán, entusiasmo por transmitir a los alumnos, así el que sabe con sentido sabrá también enseñar. “Estoy harto de decir y repetir a los maestros que lo importante no es precisamente cómo enseñar, sino qué es lo que debe enseñarse y qué no. De qué sale el cómo mejor que del cómo el qué” (*Otro arabesco pedagógico*, 1913).

La verdadera pedagogía consiste, pues, en enseñar lo realmente formativo a la inteligencia y al corazón del alumno, por ello Unamuno propone que, de niños, deben aprender a leer, que es el comienzo de la apertura de una mente amplia y abierta, dispuesta a dialogar con el otro y con lo otro. Además, hay que propiciar la enseñanza en valores, que es siempre una enseñanza en contenidos, que atiende al fondo, pues la educación ha de llevarnos a alcanzar la mejor humanización personal y social. Frente al positivismo, que Unamuno abandona a partir de 1900, propone un humanismo que centra sus preferencias en las humanidades y, concretamente, en la educación.

En aquellos momentos, se desarrollaba la pedagogía social, por lo que se estimaba la necesidad de la educación como tarea para hacer del ser humano un buen ciudadano, lo cual está actualmente en pleno desarrollo: “Y mil veces me he preguntado a tal respecto si aparte de las necesarias disciplinas que hay que transmitirles al rescatarlos para ciclo social, no sería acaso la mejor educación, sobre todo cívica”⁷. La actual preocupación por la ética de la ciudadanía tiene también en Unamuno, a uno de sus representantes.

Creemos que ha quedado suficientemente expuesta la preocupación de Unamuno por ser un verdadero educador y por exponer todos aquellos fundamentos pedagógicos que permitieran aprender a ser cada vez mejores personas. Hemos analizado algunos de los muchos temas y de las muchas ocasiones en las que Unamuno se interesó por defender y mejorar la educación en España.

⁶ *Ibíd.*

⁷ Zambrano, M., *Obras Completas, Conferencias y Discursos*, vol. IX, Madrid, Escelicer, 1971, p. 606.

3. José Ortega y Gasset: misión y educación

Ortega, como Unamuno, se propone una misión primordialmente educativa: transformar y elevar el nivel cultural de España, porque entiende el problema de España desde una tarea educativa que se relaciona con la política. Ya en *Pedagogía Social* de 1910 expone la importancia que concede a la educación en un texto, que se ha hecho muy conocido "... para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio" y recordándonos a Platón "Hagamos de la educación la ciudadela del estado" (*La Pedagogía social como programa político*, 1910).

María Zambrano le reconoció siempre como su maestro porque Ortega se distinguió, como pocos en su época por ser "alguien ante el cual nos hemos sentido vivir". Así le denomina en uno de los numerosos artículos que le dirigió y dice aquello en lo que consiste para ella ser maestro: atraernos y, al mismo tiempo, dejarnos ser nosotros mismos. "La acción del maestro trasciende el pensamiento y lo envuelve; sus silencios valen a veces tanto como sus palabras y lo que insinúa puede ser más eficaz que lo que expone a las claras. Si hemos sido de verdad sus discípulos, quiere decir que ha logrado de nosotros algo al parecer contradictorio; que, por habernos atraído hacia él, hayamos llegado a ser nosotros mismos". Ortega, como dice Angel Casado⁸, evoluciona en su idea de la educación desde uno de sus primeros escritos, como es, *Pedagogía Social*. En este escrito, Ortega subraya: a) la participación en la vida pública como una tarea a cumplir humana y cívicamente; b) desde su formación clásica y aristotélica entiende que toda acción humana si está orientada en el sentido ético-político es acción transformadora, c) transformar la sociedad es tanto una acción política como una acción educativa, d) la propuesta es desde el interior, humanismo; e) apuesta por la pedagogía social.

Hay que tener en cuenta que en el periodo de formación alemana, sus maestros Natorp y Cohen promueven la Pedagogía Social. En este artículo de 1910 Ortega pensará que Europa es la solución a España, más tarde irá percibiendo con más claridad que adquirir una cultura es un proceso, que la filosofía es ir tomando conciencia de esa cultura, que no es sólo eliminación de problemas sino integración de los mismos. En los posteriores escritos también tendrá en cuenta el carácter personal de la educación, no de forma individualista sino como asimilación de la tradición. Veremos, de nuevo, los temas más importantes de su obra educativa teniendo en cuenta que la *Pedagogía Social*, *Pedagogía de la contaminación*, *Biología y Pedagogía* y *Misión de la Universidad* son algunas de las obras en las que ha estudiado el desarrollo de sus presupuestos pedagógicos.

3.1. La educación es "prepararse para la vida"

Como Unamuno crítica los excesos de didactimos o metodologías, que no van al fondo de lo más vital, "Ahora bien el problema de la pedagogía no es educar al hombre exterior,... sino al hombre interior, al hombre que piensa, siente y quiere. Ved, señores, el caso admirable que ofrece el hombre: se mueve en el espacio, va de un lugar a otro, y mientras tanto lleva dentro de sí el espacio infinito, el pensamiento del espacio" (1910). En *Pedagogía de la contaminación* (1917) explica el sentido educativo del término "contagio", que significa empaparse por dentro frente a enseñanzas mecanizadas y externas, que no se asimilan porque no se entra bien en lo enseñado.

Matiza que el objetivo del maestro es enseñar, pero el alumno es quien ha de poner el esfuerzo para sentirse, de verdad, enseñado. Ello sucede con la ciencia, el arte y la ética.

⁸. Casado, A., *La evolución del pensamiento educativo de Ortega en X Seminario de Hª de la Filosofía española e Iberoamericana*, Salamanca, Pub. Universidad, 2000, pp. 451- 464.

Esa asimilación personal, ese entrar de verdad en lo enseñado y no quedarse fuera, con sólo las palabras, significa tomar conciencia, es aprender desde dentro. Contaminar es el ejercicio personal, reflexivo, crítico y formativo en torno a la realidad. Por ello trata de las ciencias que se refieren a lo más humano y propone como verdadera educación descubrir el sentido de la vida, que resume en la filosofía, “La filosofía, señores, no se enseña; la filosofía a lo sumo, se contamina. Frente a la pedagogía mecanizada yo afirmo como única verdadera y sin hipocresías la pedagogía de la contaminación”(1917).

Su aportación en 1917 es que la tarea primordial de la educación, frente a todo mecanicismo pedagógico, es enseñar a vivir, situar al alumno para que descubra desde sí mismo lo más auténtico, la verdad. “Porque lo real y concreto de la ciencia es la actividad sin descanso del intelecto que se enfrenta valerosamente, peligrosamente con los problemas y pugna con ellos, para darles solución”. Y, más aún, Ortega, adelantándose a la crítica que propone en *La Rebelión de las masas* (1929) sobre el hombre sin preocupación por el sentido de la vida, rechaza un saber sólo pragmático “no es la ciencia como saber, es la ciencia... materializada en utilidad”⁹.

En *Biología y Pedagogía* (1920) abunda en el rechazo de los practicismos y didactismos en la búsqueda de “prepararse para la vida” desde una intención más honda que atañe a la conciencia humana, lo cual no sucede en una cultura meramente tecnológica. Esta no prepara la vida, porque no la capacita para la verdadera cultura y progreso de los pueblos. “previa a la civilización transitoria de nuestros días, previa a la cultura de los últimos milenios hay una forma eterna y radical de la vida psíquica que es supuesto de aquéllas. Ella es, en última instancia la vida esencial”. Ortega se está refiriendo a la educación moral que atiende a la sensibilidad y a la educación de la voluntad.

Cuando Ortega habla de vida, se refiere al fundamento de su reflexión filosófica que va matizando desde 1914, la denomina razón vital, se trata de una razón concreta, humana, viva, dinámica y también a lo que es verdaderamente esencia o constitutivo de la condición humana. *Biología y pedagogía* apunta, pues, a los problemas esenciales humanos que no son referencias efímeras o meramente accidentales. “La escuela ideal sería para mí opuesto gusto un instituto que hubiese podido permanecer idéntico desde los tiempos más salvajes del pasado y perdurar invariable en los tiempos más avanzados del futuro”.

Ortega favorece la pedagogía como reflexión del acto educativo, de ahí que se interese por la filosofía, e igual que rechaza los tecnicismos, tampoco está de acuerdo con el espontaneísmo rousseaniano, pues es preciso, como ya se ha dicho buscar lo esencial de la condición humana. “Pienso, por el contrario, que toda educación tiene que ser positiva, que es preciso intervenir en la vida espontánea o primitiva”. Ante la consideración de tres formas de actividad espiritual: la cultura, la civilización y el afán creador Ortega considera que es una “actividad creadora” para educar una “vida creadora”.

3.2. La tarea docente y educadora

Ortega, como es habitual en él, tiene visión sobre el futuro y reconoce el papel renovador del maestro en España. Así en sus palabras en la Escuela Superior de Magisterio (1913) compara esta tarea con otras más arcaicas y decadentes en la sociedad española. “Yo veo ante mis ojos signos de renovación pero no los hallo suficientemente en la política ni en la literatura ni en la universidad... no ha comenzado aún la renovación del catedrático, pero sí ha empezado y con clara energía la del maestro -vosotros sois la prueba. Lo que encontré en vosotros cómo alumnos no lo he vuelto a encontrar”.

⁹ *Ibíd.*, p. 90.

El papel primordial del maestro de la República ya estaba en la atención y consideración del Ortega de 1913, una vez más queda patente su claro sentido y visión proféticas. Por otra parte, se ocupa en *Misión de la Universidad* de la tarea docente e investigadora de los profesores universitarios. Critica duramente el especialismo que conlleva el menosprecio por los temas más generales de la cultura, a la que sólo se la considera como un “ornamento”. De este modo, la investigación y el especialismo debe deslindarse como tarea docente de la verdadera tarea educadora. Especialmente defiende la sabiduría: “No se debe enseñar sino lo que se puede de verdad aprender”¹⁰. Estas palabras son el aliento de una vital preocupación: “Que se centre la universidad en el estudiante y no en el profesor”¹¹. La universidad no subsiste por sí sola, depende del tejido social y de la cultura como razón vital. Es una conquista del ser humano que decide vivir de la inteligencia.

La tarea que propone de recortar disciplinas y la necesidad de explicarlas íntegramente supondría un avance, aún hoy, si estas propuestas se llevasen a cabo. Y sobre todo, Ortega defiende la necesidad e importancia de un estudio verdadero de lo humano. “Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento. (...) No podemos vivir humanamente sin ideas”¹².

Ortega subraya, especialmente, en *Pedagogía de la contaminación* que la enseñanza más formativa sólo es posible desde la interacción maestro-alumno. Pues lo verdaderamente importante no es el contenido de lo que se transmite, tanto en la ciencia, en el arte, como en la moral. Estas materias no “prenden en el alumno” si no hay un esfuerzo conjunto, una innovación, un aliento, en definitiva, un esfuerzo personal por parte del alumno y una entrega desde el maestro. “No nos hagamos ilusiones: falta a nuestra época la conciencia de la cultura, esto es, de aquella cosa que en apariencia más la envanece. A ello ha contribuido la expansión democrática de la enseñanza, que ha cuidado más de extender el uso del vocabulario que de intensificar y purificar en una minoría selecta la conciencia de las ideas”.

Ortega desea para sí, como Unamuno había deseado ser un maestro “lleno de ahínco y amor”, ser un verdadero maestro inquietador de sus alumnos. “Me contentaría con pasar junto a las almas más quietas que la mía y dejar caer en ellas fermentos de duda, ambición y esperanza”¹³.

4. María Zambrano: el magisterio desde el discipulado

María Zambrano llegará a ser maestra después de ser una muy buena discípula. Como hemos dicho, lo fue de Unamuno y de Machado, aunque de quien se denominó a sí misma discípula fue siempre de Ortega, de quien fue su alumna. Del orfismo pitagórico, y de San Agustín, y de los místicos... sintió que aprendía porque a tantos y tantos amó y reconoció.

En el prólogo al libro que recoge escritos tempranos, *Hacia un saber sobre el alma*, María Zambrano habla de esta relación de maestro y discípula. “Aunque haya recorrido mi pensamiento lugares donde el de Ortega y Gasset no aceptaba entrar, yo me considero su discípula”. En efecto, se sintió siempre su discípula porque, como el maestro, quería “salvar las circunstancias” y encontrarse como intelectual “a la altura de los tiempos”. Los caminos que ella recorre distintos a Ortega serán los de una razón tan íntima como trascendente y, de ese modo, encuentra la vocación que siente de maestra.

¹⁰ Ortega y Gasset, J., *Misión de la Universidad*, Madrid, Revista de Occidente, 1930, p. 51.

¹¹ *Ibíd.*, p. 50.

¹² *Ibíd.*, p. 35.

¹³ *Ibíd.*, p. 96.

Así, de este modo, hemos de hablar de su misión educadora y de sus preocupación por los temas pedagógicos, que se refiere mucho más a su vivencia que a sus solos escritos. No obstante, los temas pedagógicos zambranianos que recorren algunos de sus artículos y, en especial sus obras son: varios artículos escritos en la revista *Educación* de Puerto Rico y entre otros: *El pensamiento vivo de Séneca* y *La Guía, como forma del pensamiento*.

4.1. La escucha, condición del discípulo

El saber sapiencial que Zambrano propone y que, desde sus primeros artículos, denominará *razón poética* consiste en el desvelamiento del origen y destino del hombre, como búsqueda y revelación de la condición humana. Razón poética es unidad de pensar y sentimiento en una forma nueva de educar y educarnos para ser más y mejores personas.

Así se entiende su propuesta de una forma nueva de pensar. En 1943 escribe dos artículos muy singulares en la propuesta de la razón poética *La Guía, como forma del pensamiento* y *La confesión: género literario*. Defiende que el conocimiento ha de ser siempre transfigurativo y en esa misma razón engendradora, poética, creadora el pensar zambraliano se hace realmente pedagógico. En *La Guía* hay sobre todo una escucha y ésta es la verdadera enseñanza, sentarse ante alguien a quien el discípulo reconoce y el maestro tiene en cuenta, la enseñanza se hace así personal y viva. Este conocimiento, a base de comunicación y escucha, es educativo en cuanto cambia y renueva nuestro estado de ser. Es un saber de experiencia.

En 1964 escribe en la revista *Educación* de Puerto Rico un bello artículo que titula *El Despertar* y que tiene que ver con la educación. Resalta siempre al maestro porque a él le corresponde despertar en el alumno la atención al saber y el de hacerla renacer. “Pero ello ha de saberse, pues, que todo se puede hacer mejor cuando se sabe. Y aunque parezca raro y aún quimérico, es posible y necesario, indispensable, aprender a despertar, a recibir la luz del día como si ciegos, hubiésemos recuperado la vista; como si amortajados fuéramos llamados a resucitar”.

María Zambrano ha buscado en la filosofía un saber que trate de la condición humana y explique su vivir, por tanto, es necesario crecer en consciencia para luego trascender, salir de sí, ir más allá. Justamente esta acción transitiva tiene un primer momento de ensimismamiento, es la vocación. La vocación es siempre dádiva, como la poesía. Es gratitud y lo mejor de la condición humana es esa generosidad que se desarrolla gracias a la vocación.

Sólo esta generosidad “ha traído al mundo cosas nuevas: palabras nunca dichas anteriormente, pensamientos no pensados, claridades ocultas, descubrimiento de leyes no sospechadas, y hasta sentimientos que yacían en el corazón de cada hombre sin derecho a la existencia” (*La vocación de maestro*, 1965). La vocación lo es siempre como verdad encarnada y vivida y nunca abstracción. Por eso, el maestro es un ser vocacionado, un ser mediador y comunicador que se expone a sí mismo en su tarea diaria “... el maestro es mediador con respecto al ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar, sino integrarse... algo todavía más que desarrollarse como lo es para una planta y para un animal”. Esta condición del maestro le viene de su libertad ofrendada o vocación.

Sin embargo, la crisis del pensamiento occidental es también debido a la crisis de las aulas que se genera en el repudio de la tradición “la repulsa con que los jóvenes... quieren anegarla por entera”. Mas es posible salir: desde la ofrenda, que es entrega y sacrificio.

En 1970 escribe en la *Revista Educación* un artículo que titula *Esencia y forma de la*

atención, es cierto, que la escucha sólo puede darse en personas atentas, pero el interés de la atención reside, además, en la importancia que María Zambrano concede al carácter unitivo de la persona. Este supuesto unitario persigue, según Zambrano, la esperanza. Junto a este sentimiento unitivo, María Zambrano descubre el sentimiento de filiación, que se aviva ante un maestro, como Séneca, a quien llama padre porque siente lo universal en la comprensión más plena del pensar. “Como Molinos, como el Maestro de Avila, como el mismo San Ignacio, Séneca sale de la sustancia española que es su vida más consistente, más permanente y viva: la paternidad. Si es dudosa la calidad de los hombres de Estado, por ejemplo, de España, si puede ser cuestionable que haya habido o no filósofos en sentido estricto, hay unas cuantas cosas evidentes, realidades espléndidas que nadie puede negar y algunas de estas realidades, no son precisamente historia, aunque tampoco exactamente naturaleza, tal paternidad”.

4.2. La educación para la libertad

Esta preocupación recorre también la obra zambraniana, en la medida que su reflexión lo es acerca del hombre. Ocuparse del ser humano es pensar acerca de la libertad. Entiende la libertad no como mera elección de medios para alcanzar un fin, sino que la libertad es reconocer el fin para encontrar el sentido de la existencia humana y dárselo a sí mismo. *Sobre una educación para la libertad* (1934) María Zambrano reflexiona sobre la pedagogía del siglo XIX y afirma que la educación liberal, que parte de Rousseau, defiende una libertad naturalista que “es, no necesita edificarse; nace, no se hace”. Se trata de una cualidad que le ha sido sustraída por la sociedad y que el hombre ha de buscar. “Se trata de ser *libre de*, libre con *respecto a* todo lo que no es propiamente individual”.

Sin embargo, puede darse otra forma de libertad que no es creadora sino que es, en cierto modo estática, y hasta arbitraria. Se da desde la espontaneidad que “suprime el esfuerzo, el entrenamiento; se va eludiendo todo lo que necesita ser aprendido con dolor” a Zambrano le parece que es sólo psicológica y poco ética. “Y por este camino se desemboca allí donde desde el principio se postulaba: en el hombre masa. Este hombre que la pedagogía russoniana iba a buscar, terminó en ser el hombre masa, el hombre de la democracia moderna en un primer momento, de “la rebelión de las masas” en el final del proceso”.

Busca plantear bien este tema de la libertad y el de la educación que surge “como potencia y posibilidad de creación, como esfera de una existencia personal, como condición del espíritu”. Apela Zambrano al final de estas páginas a la razón vital de Ortega que defiende una razón ética desde la necesidad de ejercer la decisión personal, y termina Zambrano con una reflexión y una pregunta.

‘Libertad para’ es necesidad de ensanchar la propia individualidad y conquistar lo más pleno. Tanto Unamuno, Ortega como Zambrano afirman que lo decisivo es conquistarse “saber qué se ha de hacer”. La libertad significa recorrer un camino con sentido, especialmente, la libertad es un proyecto. Desde sus escritos de los años 30 su ideal de libertad consiste en que “no rompa los cables que al hombre le unen con el mundo, con la naturaleza, con lo sobrenatural. Libertad fundada, más que en la razón, en la fe, en el amor” (*Horizonte del Liberalismo*, 1931).

María Zambrano relata desde Séneca el descubrimiento de lo trascendente y de su amor a lo concreto, “Regresa de la idealidad para apegarse a algo concreto, que no pretende, además, definir. De ser lógicamente ideal, se transforma en divinamente materialista, si por materialismo entendemos el apego maternal a lo concreto, la renuncia a la abstracción por no despegarse de las entrañas. Y brota así, una sabiduría prolija y sutil, que no puede

ser aprisionada en definiciones, ni en ninguna armazón lógica. Un saber acerca del alma y sus vericuetos, flexible y astuta, que a veces trae la verdad más desnuda y a veces encubre con la mentira la verdad más inmediata” (*El pensamiento vivo de Séneca*, 1944).

Si nos referimos a la dimensión política, es destacable, como hemos mencionado, que desde su primer libro *Horizonte del liberalismo* ahonda también en esa tarea educadora de una conciencia de la libertad, que propone la defensa de la persona y su dignidad. Rechaza toda forma de “razón violenta” que sólo conlleva totalitarismos y humillación al ser humano.

4.3. La interacción maestro-discípulo

El artículo *Ciencia e Iniciación* (1970) trata de exponer que lo más importante de la enseñanza es el descubrimiento. Así el maestro es capaz de poner al alumno en situación de saber preguntar, al mismo tiempo, que con su enseñanza posibilita más y más preguntas. Es decir, lejos de los didactismos, entiende la enseñanza como una relación personal en la que “el maestro ofrece al discípulo una enseñanza que excede a las preguntas del discípulo”... Y así el educador, el verdadero maestro, enseña al discípulo a saber interrogar; que quizás sea lo más difícil hacer con justeza, de manera que la respuesta, como un pez, salte, o que salte la imposibilidad de las respuestas”.

Cuando María Zambrano se refiere a Ortega señala con emoción esta interacción que une al maestro con el alumno que es tan viva como entrañada y que halla su sustento en la coherencia “Y al comprenderlo así vi también la coherencia perfecta entre su persona y su obra... Y cuando de un pensamiento de un maestro, en horas así, se vierte ese precipitado moral hasta parecerse a una sustancia, entonces el ser discípulo queda incorporado a la persona, inseparable de ella. Y es un extraño alimento, en forma de implacable exigencia” (1964).

En el artículo de 1965 *La vocación de maestro* valora ambos términos notablemente: vocación y maestro. Lamenta que la filosofía, sofocada en posiciones racionalistas no se haya ocupado de la vocación. Considera que sólo puede hablarse de vocación desde la libertad. Y, por tanto, desde la persona.

Pues persona es “ante todo, una promesa, una promesa de realización creadora”, así María Zambrano define el ser personal no sólo como proyecto o quehacer, a la manera orteguiana, sino desde una razón poética o creadora, que tiene en cuenta la realización del otro. Siempre ha perseguido en la filosofía un saber consciente y, al tiempo, salir de sí, trascenderse. El maestro es comunicador, desde ahí se expone siempre en su labor mediadora “el maestro es mediador con respecto al ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar sino integrarse”. Sin embargo, la crisis del pensamiento occidental sucede también en las aulas donde se ha generado una repulsa a la tradición por parte de los jóvenes, lo cual exige del maestro entrega y sacrificio. Pues no tener maestro es “no tener a quien preguntar y, más hondamente todavía, no tener ante quién preguntarse”. El maestro ayuda al alumno a salir de sí, “el alumno se yergue” y el maestro le libera del “temor que dispara la violencia”. Para María Zambrano enseñar es una búsqueda en la que “maestro y alumno se aguijonean” queriendo hallar la verdad.

Decíamos, al comienzo, que la filosofía se ha ido alejando de la educación, y es cierto. No obstante, los pensadores españoles que hemos analizado han expuesto un pensamiento educativo y, sobre todo, han vivido ante los demás: alumnos y ciudadanos con la misión y vocación de sentirse educadores.